

CUENCA

VEINTE

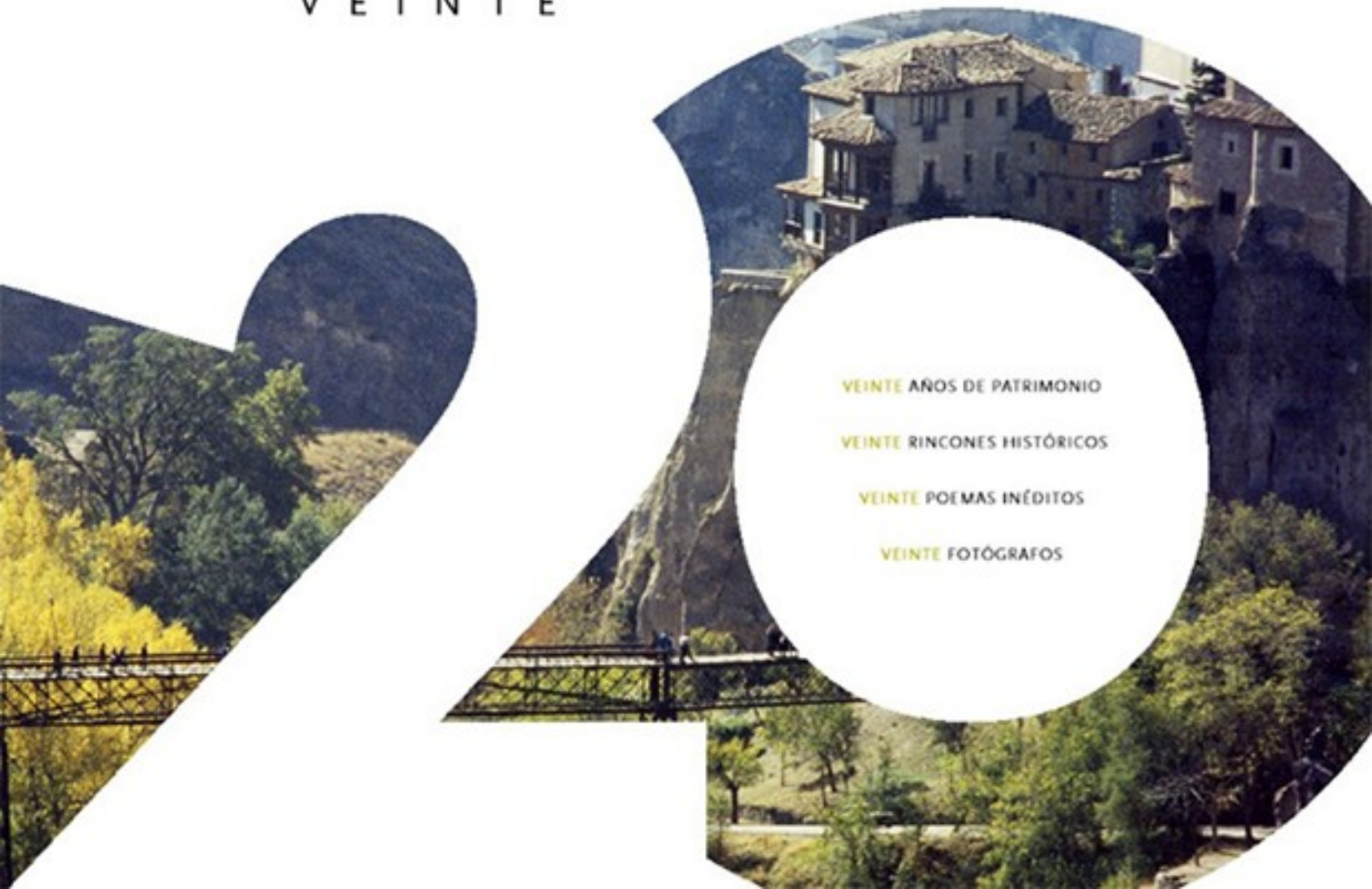
MIGUEL ROMERO

VEINTE AÑOS DE PATRIMONIO

VEINTE RINCONES HISTÓRICOS

VEINTE POEMAS INÉDITOS

VEINTE FOTÓGRAFOS



C U E N C A

VEINTE

Para Carlos, a quien le agradezco
su gran colaboración y sobre todo esa amistad
iniciada
Con afecto

A stylized, handwritten signature in black ink, featuring a large, sweeping loop and a long, horizontal stroke extending to the right.



#PRÓLOGO

Decía el Forum Conche: *"Nunca el concejo de Cuenca, nunca ha de dar al Rey Adefonsus, nin a otro por fuero, nin por derecho ninguna cosa, ca franco lo fugo yo de toda premia de Rey"* (Cap. 16 Art. 12) Y de ahí, siempre quedó para todo vecino y visitante ese adúlador dicho o sentencia de: *"Di que eres de Cuenca y entrarás de balde"*

"Cuenca, a la luz de la luna, aparecía bruñida en plata vieja, como un aguafuerte, cuyos claroscuros hubieran sido tratados por la imaginación del artista con osada valentía. Su silueta, recortada en el azul oscuro de un celaje tachonado de luceros, se perfilaba en contraluz y en inverosímil equilibrio sobre el mismo filo de la hoz profunda y extraña, por la que el Júcar, con espejuelos de peces imaginarios, discurría mansamente, perdiéndose a veces para aparecer otras entre una vegetación exuberante." -Así de bella, era la descripción de Victoriano del Moral sobre esta ciudad-. Un viajero que a ella llegaba.

"Cuenca es la voluntad suspendida, la sin-fatiga del hombre, hastiado de su paso por la tierra, con solo ánimo para volar; Cuenca-cima o Cuenca-sima; con sus cien campanarios al azul, lanzada, en esa figura del poeta, Federico Muelas, y la siente como tirón de los cimientos de su raíz misma, frustrada, mítica, rebelde. Cuenca, preciosa, tal una piedra en enganche

de luz pura, narcisa de su joyal. Recóndita soledad; entraña consistente, inalcanzable". Así de telúrica y lírica, la describía Pedro de Lorenzo, otro viajero que en ella quedaba.

Cuenca es esa aguafuerte, concebido con exaltada imaginación, que ya vieron los árabes en su primera noche a la luz de la luna. Son sus dos maravillosas hoces, del Júcar y del Huécar, que exornan los alrededores de la ciudad como dos pétreos vigilantes, mientras esta Cuenca parece desparramarse por el borde de sus murallas, aún altivas. Una elevación que llega hasta tocar las nubes... Esa ciudad, que otros dijeran: de madera y yeso, de tea y tiza, de piedra y teja..., es ahora, ciudad de: Arte y Música, de Tiempo y Luz, de Deseo y Libertad... Y así, la describo yo, su Cronista ahora, porque su Credo me angosta, me enerve y me envilece. Todo en uno y uno en todo.

Pasado y presente, naturaleza y cultura. Paisaje original y bello. Estampa marginal en mítica compostura. Ahora, Patrimonio Cultural y Patrimonio Natural haciendo lienzo mixto cuando la singularidad de su imagen, en planta y caserío, en conventos e iglesias, en murallas y torres, se hace mucho más visible, en Museos y Fundaciones.





En la Plaza Mayor todo tiene sentido. Su actividad frenética en tiempos del medievo congregaba a numerosas boticas porticadas; casonas de canónigos o tal vez aquellas familias judaizadas de los Écija, Castillo, Molina, Acuña o Sacedón. En la esquina, la casa del canónigo del Pozo divulgó el credo del orden más espiritual, mientras se abre una calle nueva desde el 1909 cuando se derrumbase la torre del Giraldo. Nos dicen algunos papeles viejos de allá del siglo XVI, que delante de la catedral hubo "un andén" para acceder a la misma, con callejuela que perpendicular llegaba a la torre de las campanas -por el lado de subida- y esa otra placita que daba a la casa del Obispo -por el lado de bajada-. Bordeando por detrás, una calle de la Limosna, de pedregosa angostura y triste contenido, que ahora no existe más que en la memoria.

La catedral no está sola, nunca lo ha estado; además de las casas que -ahora- arreciman sentimientos y negocios, está el Corregimiento o Ayuntamiento, con esa fachada que ahora necesita reforma para sujetar los desniveles de sus tres cuerpos, medieval, renacentista, neoclásico, sintiendo el barroco en medio. Hay cornisas que tiemblan y blasones que no saben redimir. Uno de ellos, el del Intendente que bien remarca su impronta, ante el de Carolus (Carlos III), porque éste último, rinde culto al intrusismo. Desde el balcón corrido, los pregones mateos, las salvas de gloria y el tintineo de las luces en Navidad. Ahí canta el juglar, suena el cohete, tintinea la corona y rebaila el bastón de mando del corregidor de turno.

Bonito edificio que rompe la cuadratura del diseño arquitectónico noble; y la rompe porque está parcheado y a golpe de arista reformada. Alfonso el octavo, dio arco para su trono. Tres calles abrieron paso en arcadas y ninguna se solemnizó. Luego, en el XVI, el arquitecto fue Pedro de Alviz, una vez comprada la casa del regidor Pedro Chico de



CARLOS GONZÁLEZ

la ciudad en 1874, y luego otra casona, la que fuera de los Clemente de Aróstegui, descendientes de Villanueva de la Jara y fundadores de Colegios de Gramática Latina, construida en el siglo XVIII.

Es una maravillosa panorámica observar esta calle y sus fachadas de colores típicos de la ciudad. La calle serpentea de una manera bucólica, se enracima y tiene en sus sótanos de la calle Diego de Valera, los subterráneos que sirven de reclamo turístico porque en ellos, se aprecian recuerdos de la historia pasada en tiempos de guerra. Desde abajo hacia arriba te salpican los detalles, pero siempre encuentras descanso para otear su ensamblaje de ciudad elevada hacia el cielo. De arriba hacia abajo, te encuentras muchas calles gremiales e iglesias parroquiales. La Calle de Pellejeros te da acceso a los Oblatos, llamada también de San Felipe Neri, oratorio dieciochesco y pentagonal, donde se canta el Miserere en la Semana Santa conquense. Detrás quedaría la iglesia de San Andrés, cuya torre se divisa desde arriba. Cuando sigue la calle, ha cambiado de nombre y es ahora, calle de Andrés de Cabrera, donde se asienta el Museo de la Semana Santa -antigua casona de los Girón y Velasco-. Se encuentra en una curva estrecha que da origen a la puerta de San Juan, por donde dicen que entraron los primeros cristianos a tomar Cuenca. En su bifurcación tienes un poco más adelante y camino hacia la Madre de Dios -rincón místico y soñador donde mora la virgen de piedra en su hornacina, la que hiciera Fausto Culebras-, el callejón de los artículos y si quieres descender hasta el barrio del Retiro, del que ya hablaremos, está la calle de Federico Muelas, poeta del más claro conquensismo, Cronista de la ciudad y pregonero de los pregoneros; luego, la calle del Peso, la que te lleva al nido de Tirso de Molina, parquecillo, Matadero Viejo por detrás y San Gil o calle Solera, plaza de Santo Domingo y el Salvador, un poco hacia el otro lado.

Todo este entorno me subyuga; cada vez que paso me vienen a la mente, las procesiones de Cuenca. Desde el Salvador y por esa calle del Peso, llega el martes Santo, San Juan Bautista con su hermosura anatómica, perfección del maestro Marco Pérez y lo tengo presente porque en ella, salgo al son de largas trompetas que avisan de su paso. El cruce entre las calles de el Peso y Andrés de Cabrera provoca el sonido de las tulipas de sus andas porque crujen los maderos y se mueven los hierros que las sustentan. Aquí la noche es diferente al resto de la ciudad de Cuenca. En noches de abril, gime esa luz de Luna con tanta fuerza que apenas deja iluminar el trasiego de gente. En otro momento -mañana del viernes santo-, la procesión de Camino del Calvario (la que ahora cumple cuatrocientos años) cuando descende, una vez oído el Miserere en las escalinatas de los Oblatos, en pleno mediodía, el sol aquí es hiriente porque sabe que se acaba el descenso del Jesús de las Seis. Los miles de turbos bien lo saben.



CARLOS GONZÁLEZ



#16

BARRIO E IGLESIA DE SAN MARTÍN AZOGUE DEL HUÉCAR

Nos volvemos otra vez, hacia la Hoz del Huécar de la que cuelgan alacenas enroscadas. Desde arriba, en esas Casas Colgadas cuando las dejas, o por las estrechas callejuelas que desde la Casa del Curato, al lado del Palacio Episcopal, por donde se encierran vacas en tiempos de San Mateo, uno puede descender hacia dos barrios históricos: Santa Cruz y San Martín. Me gusta mucho éste último.

Pero, el lugar elegido, es singular por muchas razones. Habría que pasear sus enrevesadas escalinatas, las mismas que parten desde la Plaza de Ronda, donde se ubica el Museo de Arte Abstracto y que, entre el arenal y fuente de la plaza del A'Quila por la derecha -emulando hermanamiento con esta ciudad italiana- y los pequeños miradores hacia el Huécar, por la izquierda, te conducen a un puñado de viviendas que, como barrio antiguo, quedan a trasmano de todo el casco histórico universal.

Sin embargo, su ubicación, dentro del recinto amurallado, bien ocupa historia antigua, ya que en tiempos del siglo XIII, momento de repoblación, aquí vive una comunidad de vecinos dedicados exclusivamente al cuidado de las huertas de este río ancestral, pequeño y misterioso.

Ahora, es placentera la tranquilidad que despiden sus callejas. Hay un íntimo sosiego muy sentido en este barrio, como si te encontraras un oasis en el desierto espiritual que despiende el complejo catedralicio, un poco más arriba. Como decía el poeta, *"la vida pasada, ocupada y trabajadora, me fue un estorbo"*. Sin embargo, en este pequeño racimo de casas, colocadas entre una piña rocosa y los rascacielos traseros de la calle Alfonso VIII, hay mucho recuerdo solemne. Lo hay en tiempos del Medioevo, cuando esta parroquia de San Martín tuvo iglesia románica y lo habrá en otros tiempos más modernos, década de los setenta del siglo pasado, cuando varios artistas de la abstracción aquí deciden ubicar sus hogares y estudios, para hacer reflejo vanguardista de un modelo pictórico que encumbraba la Europa del momento.

*"La luna como mueve
de plateada rueda y va en pos della,
la luz do el saber llueve
y la graciosa estrella
de amor le sigue, reluciente y bella..."*

Y es que, por aquí, la luna de Cuenca es diferente. Salta el tejado y se yergue entre el cerro del Socorro y el barrio de Tiradores, mientras alimenta con su eterna luz, cada rincón de este barrio de San Martín, santo francés que tuvo solemne triduo en tiempos monacales. Ahora, casi enfrente de sus casas restauradas, el nuevo diseño del Teatro Auditorio, parece romper el equilibrio que en tiempos existiera, entre urbanización tradicional y recuerdos modernistas. A un lado y a otro, miradores minimalistas rocosos forman un jeroglífico escondido mientras las casas intentan sujetarse en pie con reformas de viguería exterior conjuntada.



CARLOS GONZÁLEZ



Finaliza la misma en el puente de la puerta de Valencia, esquina convento de las Concepcionistas, aquellas monjitas que vinieran de Moya y que ahora dedican gran parte de su labor, a zurzir y encuadernar. Magno edificio, con mucha solera, que enfrenta su espadaña a la iglesia del Cristo del Amparo y el reciente restaurado centro Social del barrio. Su interior, barroco, se llena de cantos celestiales de bella armonía en voz y solfa. Esta puerta de Valencia -amurallada hasta finales del siglo XIX-, solo mantiene su recuerdo por medio del torreón circular allí adosado, mientras el convento de las Bernardas, sobrio edificio, ahora alberga familias bien posicionadas.

Este barrio es singular porque lo fue toda la vida. La gente que aquí vive, sigue manteniendo la esperanza de que todo gire en torno a un cambio de rumbo donde la economía pueda despertarles de ese largo sueño. Ya no quedan apenas carpinteros, ni tundidores, ni guarnicioneros. Puedes seguir hacia adelante una vez cruzada la abertura y encontrarte de frente con el sobrio y elegante edificio de la Casa de las Rejas donde la leyenda ocupa gran parte de su historia. Blasones de lujo y una rejería de ensueño, hacen de este edificio, la envidia de sus viandantes. Dentro, ahora, la Posada de San Julián, con acertada gastronomía y un sinfín de recuerdos. Allí se reúne buena gente y en la Carbonería se hace cultura del tiempo. Si continuaras, recorreríamos el Campo de San Francisco donde estuviera la primitiva iglesia de la Vera Cruz -feudo posiblemente templario- luego, San Esteban vieja y ahora, la nueva y donde, en mitad de su recorrido hubiese monolito en recuerdo de las guerras carlistas, obelisco retirado en 1939, centro de numerosas afrentas sociales y políticas, mientras se recuerdan con tristeza los numerosos procesos inquisitoriales que bien ensamblaran sus legajos, brillando calsos infundados.



CARLOS GONZÁLEZ



No hay duda, que la necesidad de cubrir religiosamente todos los lugares donde los vecinos iban incorporándose, determinará también sus adecuaciones urbanísticas. En lo alto del monte, la ermita de San Toribio que ya existía antes de 1565. Al final de la calle de los Alfares ahora, y cerca de la Fuensanta, estaría la Cruz del Bordallo o Cruz del Humilladero, derribada en 1785. Al final de la misma y cerca de lo que ahora son los solares que ocupa la UCLM, estaría el convento de la Merced (Nuestra Señora de la Fuensanta), ya existente en el siglo XVI y que perduraría hasta 1684 en que los marqueses de Cañete cedieran a la orden sus casas solariegas del barrio del Alcázar. (Curiosamente en el monasterio primitivo fue confinado un corto espacio de tiempo, Tirso de Molina que acababa de ingresar en la citada orden religiosa).

Y nos quedaría para el final, la iglesia de la Virgen de la Luz y los Hospitales de San Antón, San Lázaro y San Jorge. Respecto a la primitiva iglesia que Wyngaerde llama de Nuestra Señora del Puente, habría que hacer mención a esa leyenda en la que está envuelta la reconquista de Alfonso VIII y la supuesta aparición de la Virgen, que luego llamarían de la Luz. Está claro que será el siglo XVIII, concretamente el 1787, cuando se hable de la iglesia de la Virgen de la Luz, una vez que el párroco de San Juan Bautista, parroquia a la que pertenece la comunidad de este arrabal cita la existencia *"en este lugar de un Hospital de San Antonio Abad, muy antiguo, con un sacerdote y cinco legos, siendo canónigos regulares de San Agustín hospitalarios. Describe que tiene dicho hospital una bonita iglesia que venera a la Virgen de la Luz, comunmente llamada del Puente y que se apareciese y fuera jurada patrona."*

Es posible que esta ermita primitiva surgiera al margen de los antonianos y estuviera como todas las demás, incluidas en Santa María de Cuenca -catedral-, tal y como puede aparecer en numerosos documentos de la ciudad. Por tanto, no es fácil saber cuando aparece

como Virgen de la Luz -de hecho será en época tardía- y sí, Virgen del Puente, pues el culto devocional a esta última denominación a lo largo del siglo XVII es muy conocido, incluso en el siglo después. En cuanto al Hospital, fundado hacia 1352, se dedicaba al tratamiento de los menesterosos afectados del llamado "fuego de San Antonio". Luego aparecerán otros dos, el de San Lázaro, el cual se abastecía de limosnas de particulares y de la catedral, aunque nunca llegaría ser demasiado importante. Curioso sería que en el 1514 recibirían sus administradores el osario de los mudéjares y allí edificaran su nueva residencia al otro lado del Júcar; y del de San Jorge, poco podemos decir, dedicado a pobres mendigos y situado al lado de los otros. (Curiosamente, sabemos que una fuente de sus ingresos sería un mesón que albergaba a mujeres públicas en "boticas" anexas).

Será Martín de Aldehuela, a finales del setecientos, el que aplicará sus conocimientos para hacer la nueva iglesia de la Virgen de la Luz, abriendo el espacio y ocupando parcelas colindantes. Abre nueva puerta dejando al lado la plateresca inicial como entrada, a pesar de que la fábrica del XVI es buenísima y aplicará todos sus conocimientos haciendo una iglesia armónica, exuberante y recoleta. Esta iglesia recoge el sentimiento popular de la co-patrona de Cuenca, esta Virgen moreneta, que tanta devoción arrastra en la sociedad conquesa. Sin entrar en más detalles, ahora es envidiada por todos y recibe numerosísimos visitantes a lo largo del año.

¿Qué decir de la Ollerías! y ¿qué decir del alfar de Pedro Mercedes! Al abrigo de los vientos norteños, donde los ancianos siguen tomando el sol en los crudos días invernales, se modelaban antaño esos cacharros de la primitiva alfarería conquesa, que tanta fama le ha dado a Cuenca. Desaparecieron los orfebres -herederos de los árabes aquí afincados-, desaparecieron los papeleros, bordadores, monederos, tejedores,



CARLOS GONZÁLEZ



CARLOS GONZÁLEZ

#0

CUENCA ES, TODA ELLA, POESÍA

Una ciudad, creada entre el halo profético de su pasado, elevada hacia el infinito, creadora de su propia luz, bella entre hocinadas rocosas y aguas que la bifurcan, es una ciudad poética, llena de lirismo, donde poetas de todos los tiempos han sabido ensalzarla y llevarla hasta el Adonais del Parnasso.

Garcilaso de la Vega, Jorge Manrique, Fray Luis de León, Federico García Lorca, Ruben Darío, Federico Muelas, Acacia Uceta, Caballero Bonald, Diego Jesús Jiménez, Juan Carlos Mestre y tantos otros poetas, de antes y de ahora, han cantado sus alabanzas, recreando su belleza en ese canto de la Luna y el reflejo de su Júcar y su Huécar. Poesía y Naturaleza.

Ahora, otros Poetas del Mundo, de aquí y de allá, de un mundo universal como su Patrimonio, de los más grandes continentes, escriben sus versos inéditos, haciendo de su pequeñez, la grandeza de ese espíritu que enmarca la pasión de una gran ciudad con alma de saltimbanquí, que acurruca a sus viajeros entre el aroma de una generosidad heredada y el genio de una esperanza humilde que debe de llegar para engrandecer el conquisismo como meta de futuro.

Vaya pues, aquí, este merecido homenaje de creadores que la visitaron, que la hicieron suya y que ahora, en palabras cinceladas al viento, entre la nostalgia de su visita, el sentimiento compartido entre gente humilde o el recuerdo de unos rincones donde la ensoñación hace brillar el peregrinaje silábico, nos ofrecen su palabra, no tanto al viento, sino al alma, y nos dejan como huella, estos poemas.

Quisiera, desde el corazón, plasmar mi agradecimiento personal también, a esos poetas de Cuenca, amigos todos ellos de un servidor, por escuchar mi llamada y enviarme su poema inédito para este proyecto, haciendo grande el contenido del mismo: al igual, que a esos otros, amigos también, que desde otras partes de nuestra España, han querido estar al lado de Cuenca, con su pluma y su creatividad.

En ese sueño, como acto poético involuntario, crece como ese eco de la melodía del Universo en el corazón de los humanos. Aquí, en esta ciudad alzada entre la sinrazón altiva como pedestal de dioses es donde la música y el verso, tienen ese alto contenido que expresa el hombre que nunca es sordo a la voz ni mudo al sentimiento.

FOTÓGRAFOS

MELLI PÉREZ-MADERO • CARLOS GONZÁLEZ • DIEGO CASTILLEJO • SAÚL GARCÍA • JUAN ALBERTO LILLO • JAVIER ROMERO
IRENE CANO • ANTONIO PINEDO • REYES MARTÍNEZ • LUIS FERNÁNDEZ • JOSÉ M^a RODRÍGUEZ • JESÚS CAÑAS • IGNACIO DOMÍNGUEZ M^a JOSÉ
VIECO • RAFAEL RUBIATO • DAVID PRIETO • ELENA VALERO • JUAN GÓMEZ DEL RÍO • ENRIQUE MARÍN • HECTOR & MÜLLER
LUIS DEL CASTILLO • SANTIAGO TORRALBA • CARLOS MORCILLO • DAVID CULEBRAS • NÉSTOR ROBAINA

POETAS

ENRIQUE DOMÍNGUEZ MILLÁN • ADINA MOR-HAIM • ABDUL HADI SADOUN • LASSE SÖDEMBERG • MIHAELA ALDA • MARGALIT MATITIHAI EMMI
FINOZZI • DUSICA NIKOLIC DANN • PATRICIA JIMÉNEZ CASTILLO • TAMIKO NAKAMURA • RAYEN KVEH • AMPARO RUIZ LUJÁN
PILAR NARBÓN MARTÍNEZ • MIGUEL ÁNGEL CURIEL • JOSÉ MARÍA ABELLÁN • SAMIR DELGADO • JOSÉ ÁNGEL GARCÍA
FRANCISCO MORA • ALFREDO VILLAVEVERDE GIL • RAQUEL ZARAZAGA • GRISEL PARERA • RAÚL TORRES



CUENCA 2016

*XX aniversario de la Declaración de
Ciudad Patrimonio de la Humanidad*

